

JOSÉ LUIS ARRESE, ¿FALANGISTA O TRADICIONALISTA?¹

José Luis Arrese. Falangist or traditionalist?

Jesús M.^a ZARATIEGUI LABIANO

Departamento de Economía. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad de Navarra. Pamplona (España)

jmzarati@unav.es

Alberto GARCÍA VELASCO

Doctorando en Departamento de Historia. Universidad de Oviedo

albertogvelasco@gmail.com

Fecha recepción: 24/11/2016; Revisión: 24/10/2017; Aceptación: 05/11/2017

RESUMEN: Este trabajo intenta aclarar el aparente contrasentido de que un falangista como Arrese, dos veces secretario general del Movimiento, realice en 1941 y 1956 dos operaciones políticas que conducen al desmantelamiento de Falange como fuerza conductora del franquismo. En el contexto de los fascismos europeos en el que se encuadra el falangismo, se trata de analizar la ideología del propio Arrese, más cercana al tradicionalismo que al falangismo. El intento de captar para su maniobra en 1956 a los integristas aporta luces sobre la ideología de Arrese. La conclusión es que es un tradicionalista que juega un falso papel fascista y que contribuye a desfascistizar el régimen.

Palabras clave: Arrese; Falange; carlismo; fascismo; franquismo.

ABSTRACT: This paper attempts to clarify the apparent contradiction that a Falangist as Arrese twice Secretary General of the Movement, made in 1941 and 1956 two political operations leading to the dismantling of Falange as a driving force

1. Nuestro agradecimiento a Mercedes Peñalba por sus comentarios a la primera versión del texto

of Francoism. In the context of European fascism we analyze Arrese's ideology, closer to traditionalism Falangism. The attempt to capture for maneuver in 1956 the fundamentalists throws some light on the ideology of Arrese. The conclusion is that he is a traditionalist who plays a false fascist role and contributes to remove the fascist substance from the regime.

Key words: Arrese; Falange; fascism; Carlism; Francoism.

1. INTRODUCCIÓN

El bilbaíno José Luis Arrese (1905-1986), dos veces secretario general del Movimiento, es una compleja personalidad dentro del personal político franquista. Falangista de segunda hora, protagonizó dos operaciones políticas de calado tras las cuales desaparece en la oscuridad de su vida privada. En 1941 asume la tarea de hacer de FET un instrumento dócil en manos de Franco, luego convertido en Movimiento Nacional. Tras la salida de Serrano Suñer en 1942, Arrese consiguió hacerse con el control de los resortes del partido. En 1956 se trataba de la institucionalización del régimen, de darle una «constitución» con la oposición del franquismo no falangista. Arrese continuaría hasta 1960 en el Ministerio de la Vivienda del que sale por sus choques con Girón. Católico por lazos familiares y de formación, su discurso político falangista está atravesado por una fuerte impronta reaccionaria y confesional, más propia de un conservador que de un fascista. Si bien seguimos sin tener un diagnóstico de su intermitente actividad política, en este artículo se apuntan ciertos indicios que contribuirían a despejar la peculiar naturaleza del fascismo de Arrese: su intento de contar con el sector integrista del tradicionalismo para su proyecto de institucionalización del régimen franquista. Y es que Arrese simboliza bien la ambigüedad ideológica del franquismo, cuya naturaleza es básicamente conservadora aunque con una relevante impronta de fascismo. En la trayectoria política de Arrese destaca ante todo su fidelidad a Franco: el bilbaíno se presenta cuando Franco le llama y abandona la escena política cuando a este le conviene.

Arquitecto de profesión, sus relaciones con José Antonio son de orden profesional y personal. Por mucho que insinúe que estuvo en la conspiración de 1936, lo cierto es que no se presenta en Salamanca hasta 1937, quizá influido por el fusilamiento de su cuñado en zona republicana. Arrese pudo afiliarse a Falange en la primavera de 1936; además, sus ideas social-católicas no eran del gusto de José Antonio². Lo cierto es que nadie ha visto su carnet ni su ficha de afiliación. Por lo tanto, no es el combatiente de la primera hora ni tampoco el camisa vieja que dice ser. En la capital rebelde se mueve en el entorno de Hedilla. *Arreses* (como le llamaba Franco) estuvo involucrado en los sucesos de Salamanca; fue detenido

2. DIEGO, Álvaro de: *José Luis Arrese o la falange de Franco*. Madrid: Actas, 2001, p. 79.

y se libró de males mayores gracias a que su mujer, una Sáenz de Heredia prima de José Antonio, intercedió por él ante Serrano Suñer³. «Le debo la vida a Franco», repetirá. En la postguerra, fue nombrado gobernador civil de Málaga y en mayo de 1941 se convirtió en ministro secretario general del Movimiento. Ambos nombramientos vinieron precedidos de inciertos pasos conspiratorios como ser agente de Hedilla, en 1937, y dos años más tarde presentar su dimisión a Franco como protesta por la política de desfalangización del régimen. Sin embargo, en los dos casos el arquitecto bilbaíno supo ganarse, contra todo pronóstico, la confianza del dictador.

Aquí se plantean varios problemas. Autores como De Diego han tratado de reconstruir la trayectoria ideológica de Arrese, pero seguimos sin un estudio de las influencias que confluyen en él y cristalizan en una doctrina falangista propia. No obstante, se advierte que los elementos doctrinales que maneja Arrese en sus libros/discursos son sumamente conservadores: nostalgia por un pasado gremialista, corporativo, que acriticamente considera armónico, y que fue echado a perder por la reforma luterana. Esta añoranza del modelo tridentino para una España refundada que se asienta en el legado de los Reyes Católicos era compartida por muchos falangistas. Por el contrario, Arrese no parece apoyarse para nada ni en Ledesma Ramos ni en Onésimo Redondo. Es paradójico que en los años en que los fascismos triunfan en Europa y Franco se entrevista con Hitler y Mussolini, a la hora de formalizar la doctrina falangista, Arrese no se hubiera inspirado en los modelos más populares del momento. En todo caso, Arrese acentúa la tradición reaccionaria española en un sentido fascista y totalitario, al menos en los primeros años, pero no parecen interesarle los autores extranjeros. Desde luego, en la prevalencia de la versión arresista del falangismo frente a la ofrecida por personajes tan brillantes como Ridruejo, Giménez Caballero, Foxá, Laín, Maravall o Fueyo influyó el peso político de unos y otros. Ninguno de los citados era secretario general de FET o controlaba la Delegación de Prensa y Propaganda. Algunos de ellos, como Ridruejo, se fueron con la División Azul favoreciendo de esta forma el predominio del falangismo arresista. El bilbaíno era tan falangista como ellos, naturalmente, pero un falangista *franquista* cuya lealtad al dictador estaba por encima de cualquier purismo ideológico. No se trataba únicamente de una cuestión de lealtad personal y de posición política porque las fuertes vetas conservadoras del falangismo arresista explicarían asimismo su fidelidad franquista. Arrese era tan falangista como franquista y tan franquista como falangista porque era ante todo un católico conservador al igual que Franco. Pero Franco no era falangista y Arrese sí lo era. En una palabra: el catolicismo de tinte más conservador no impedía, al menos en España, ser un fiel fascista. Este modelo ideológico sincrético, nacionalcatólico y *falangista*, lo representó muy bien Arrese.

En realidad, la posición política de Arrese le obligaba a *limpiar, adaptar y fijar* la doctrina falangista porque de hecho era una de las funciones de su cargo. Recuérdese además que el presidente de la Junta Política ya era Franco después de la

3. RIDRUEJO, Dionisio: *Casi unas memorias*. Barcelona: Península, 2007, p. 216.

caída de Serrano. Incluso contando con la ayuda de los intelectuales, el resultado final del sincretismo ideológico arresista tenía que ser difundido por la Secretaría General o la Junta Política, porque a los primeros que había que unificar ideológicamente era a los propios militantes del partido único. En definitiva, la versión arresista del falangismo era congruente con el conservadurismo esencial de Franco e intentaba serlo también con la Europa no fascista que se avecinaba. Así, la salida de Arrese de la Secretaría en 1945 es ciertamente irónica si atendemos a sus esfuerzos para adaptar el falangismo franquista a la nueva realidad europea no fascista. Los aliados entendían que el peligro en España residía en la pervivencia de una Falange personificada en su secretario general. Franco no dudó en despedir a Arrese tras agradecerle los servicios prestados. Pero Arrese reaparecerá en 1956 en una nueva coyuntura política.

Si existe una continuidad desde el catolicismo político autoritario al falangismo franquista —después de todo, los carlistas repetían que Falange no había inventado nada nuevo—, Arrese encarnaba esa solución política gracias a sus impecables credenciales, ya que era tan falangista como católico y tan católico como falangista; en su caso, el franquismo vendría como un añadido natural y obligado. Se trata de calibrar cómo se opera esa simbiosis *falangista-católica-franquista* en Arrese y qué elementos subyacentes en su formación antiliberal facilitan la retórica fascista. Y es que Arrese conjuga su sincera militancia católica con una revolución pendiente a la que aún aspiraba en una fecha tan tardía como la segunda mitad de los cincuenta. Así pues, ¿cómo es que, tras domesticar a FET-JONS y pasar una década en el ostracismo, Arrese vuelve en 1956 radicalizado y dispuesto a convertir el Consejo Nacional en una especie de Soviet Supremo? Arrese era un falangista fiel y muy útil a Franco. El dictador no dudó en darle cargos cruciales en 1941 y 1956 ya que nunca dudó del *franquismo* del *falangista* Arrese. Para un purista como Girón, antiguo jonsista del núcleo vallisoletano, ni Arrese ni Solís fueron auténticos falangistas⁴. Ahora bien, si no lo eran dos secretarios generales de FET, ¿quién lo era? ¿Acaso lo era el mismo Girón, ministro franquista durante nada menos que 16 años? Finalmente, ¿en qué se convirtió Falange a partir de 1956?, ¿quedó liquidada tras la operación Arrese?

A partir de 1945, Arrese desaparece del escenario político, recluso en su casa de Corella. Allí recibe la visita de falangistas que van a desahogarse con él sin reparar en que FET era hechura de Arrese. Son los años de Fernández Cuesta en la Secretaría General. Fernández Cuesta era hombre manejable como Arrese y nada amigo de medidas enérgicas. Precisamente, eran medidas enérgicas las que Franco esperaba de él tras las revueltas estudiantiles de 1956; y fue incapaz de tomarlas. La grave crisis interna del falangismo obligaba al dictador a estabilizar una situación política peligrosa. Varias cuestiones se plantean en relación con ese relevo. En primer lugar, ¿por qué llama a Arrese?, y, ¿con qué finalidad? Por el desarrollo

4. GIRÓN, José Antonio: *Si la memoria no me falla*. Barcelona: Planeta, 1994, pp. 169-173.

posterior de los acontecimientos se intuye que Franco y Arrese tenían en mente proyectos distintos. ¿Se daba cuenta Arrese y, con todo, pensó que era una oportunidad para influir en el curso futuro de los hechos? Lo mismo se puede preguntar sobre al regreso de Fernández Cuesta después de los años de vacío en la Secretaría General. Probablemente, la respuesta es que ambos habían probado su fidelidad y utilidad y nada indicaba que no fueran a actuar ahora de la misma manera.

En la estructura de este trabajo se siguen las líneas marcadas en los párrafos precedentes. Tras la introducción (sección 1), se ofrece una caracterización del franquismo en relación con los fascismos europeos considerando el telón de fondo de la acción política de Arrese en la inmediata posguerra (sección 2). Posteriormente, se aportan algunas reflexiones sobre las razones de Franco para llamar a Arrese en 1956 (sección 3). Un aspecto poco conocido de la crisis, el papel que jugaron los tradicionalistas, a los que Franco concedía mucha relevancia como contrapeso a Falange, es el siguiente objeto de análisis (sección 4). Finalmente, se extraen algunas conclusiones (sección 5).

2. MODELOS FASCISTAS, FRANQUISMO Y ARRESE

La trayectoria política de Arrese —la de la progresiva asfixia de Falange por la derecha tradicional hasta su virtual muerte por vaciamiento ideológico— puede entenderse a través de la caracterización que Robert Paxton⁵ hace del fascismo como una sucesión de fases de naturaleza sustancialmente diferentes entre sí. En primer lugar, el fascismo no es para Paxton una esencia invariable de la que puede aislarse ese mínimo fascista o fascismo genérico aplicable a todos los movimientos que se tienen por fascistas en cualquier época o país, sino un fenómeno político versátil, dinámico y plural, que depende, debido a su naturaleza ultranacionalista, de las características de los diversos países en los que aparece y puede o no arraigar. El enfoque de Paxton difiere, así, tanto del tipo ideal fascista elaborado por Griffin⁶ como del análisis comparativo y nominalista de Payne⁷. Con raíces parciales en la crisis ideológica de fin de siglo, el fascismo comienza a perfilarse políticamente en las trincheras de la Primera Guerra Mundial y más tarde durante la efervescencia contrarrevolucionaria de la inmediata posguerra en Alemania, Italia y Hungría. El fascismo implica a la vez una *estetización* y *brutalización* de la práctica política, como ya en su momento vieran Benjamin y Mosse. Ante todo, un aspecto capital para entender el establecimiento de un régimen fascista es el previo acuerdo entre los contrarrevolucionarios fascistas y las élites tradicionales autoritarias; sin este acuerdo con la derecha tradicional, los fascistas jamás hubieran alcanzado el poder.

5. PAXTON, Robert: *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península, 2005.

6. GRIFFIN, Roger: *The nature of fascism*. London: Routledge, 1991.

7. PAYNE, Stanley: *Historia del fascismo*. Barcelona: Planeta, 1995.

Naturalmente, los ejemplos clásicos de los triunfos fascistas son el italiano en 1922 y el alemán en 1933. Sin embargo, otros movimientos fascistas quedaron fuera de combate en las fases previas a la toma del poder o bien debieron compartir este en una posición subordinada, siendo finalmente anulados por la derecha conservadora. Lo que interesa en este esquema de Paxton es el análisis de los elementos integrantes de los regímenes fascistas —dictador, Partido Único, burocracia estatal, élites tradicionales— y de sus dinámicas de colaboración o conflicto dentro de esa relación simbiótica que mantenían entre sí. En definitiva, para Paxton tiene mucha más importancia lo que llegó realmente a ser el fascismo como régimen político, como coalición inestable entre diferentes fuerzas derechistas, que lo que los fascistas (o sus enemigos) decían que eran. Y en lo relativo a lo que llegaron a ser los regímenes fascistas las diferencias saltan a la vista. El Estado *dual* nazi, con su progresiva subordinación del orden normativo autoritario tradicional a los propósitos hitlerianos, se caracterizó por una cada vez más acelerada radicalización acumulativa hasta la catástrofe final de 1945. Mussolini, en cambio, impulsó la subordinación del PNF al Estado tradicional. No obstante, esta subordinación no evitó la radicalización del régimen fascista a partir de 1936, incluso en un sentido antisemita desconocido hasta entonces en Italia, y el triste epílogo de la República de Saló entre 1943 y 1945. En ambos ejemplos, italiano y alemán, la aventura fascista terminó en la radicalización y la autodestrucción.

Pero en otros países el ascenso del fascismo al poder tuvo características distintas. En la España franquista se dio el proceso opuesto al italiano y por supuesto al alemán: una progresiva subordinación del partido fascista a la voluntad de un dictador militar y conservador y el predominio a partir de 1945 de las familias franquistas pertenecientes a la derecha tradicional no fascista. No existió en España ningún proceso de radicalización acumulativa; al contrario, con los años el régimen franquista se fue volviendo cada vez más predecible, burocrático y tradicional⁸. Es innegable el componente fascista del franquismo, pero lo interesante es tratar de entender los cambios de posición de la familia falangista dentro de la estructura heterogénea y versátil de un régimen obligado por simple supervivencia a efectuar cambios importantes en su naturaleza política. Fuera Franco y Arrese fascistas o no fascistas, y al margen de elucubraciones indemostrables sobre sus intenciones reales o supuestas, las circunstancias políticas obligaron al dictador a soltar lastre azul y esto marcó la historia del franquismo como dictadura cada vez más autoritaria y menos fascista. Todos los autores coinciden en la realidad de un fascismo «puesto al servicio de la contrarrevolución española»⁹. Thomàs cree que el franquismo fue «algo más que una dictadura conservadora», pero no la

8. TUSELL, Javier: *La dictadura de Franco*. Barcelona: Altaya, 1996. Complementario del libro de Tusell es el clásico de CARR, Raymond y FUSI, Juan Pablo: *España, de la dictadura a la democracia*. Barcelona: Planeta, 1979.

9. FERRARY, Álvaro: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*. Pamplona: Eunsa, 1993.

considera fascista¹⁰; a lo sumo, fascistizada o parafascista. Por su parte, Saz¹¹ propone distinguir entre nacionalismo reaccionario y nacionalismo populista-fascista. El nacionalismo reaccionario sería el modelo franquista de «un Estado fuerte y corporativo para una sociedad desmovilizada y despolitizada». Gallego¹², en una interpretación distinta, considera que la cultura política franquista fue plenamente fascista durante su primera década. Para este autor, Falange fue un centro focal, un punto de convergencia, de todos los sectores fascistizados durante los años 30. Así, al calor de la Guerra Civil, se constituyó en España un fascismo de masas en el que terminaron recalando todas las tradiciones de la extrema derecha. En un denso análisis crítico del libro de Gallego, Moradiellos¹³ pone en duda el protagonismo de Falange en la contrarrevolución española, defendiendo en cambio una «perspectiva pluralista de interpretación de culturas políticas coaligadas en apoyo a la insurrección militar de julio de 1936». Se trata de una línea interpretativa parecida a la propuesta por González Cuevas¹⁴ del franquismo como «síntesis de tradiciones» de la derecha antiliberal española.

La contrarrevolución española no fue *únicamente* fascista sino *también* fascista aunque en ella el fascismo jugara un papel progresivamente irrelevante. Desde sus inicios, Franco quiso crear en España una cultura política autoritaria basada en el nacionalismo y el fascismo que procurara restaurar el catolicismo tradicional inculcando a las nuevas generaciones un fuerte sentimiento religioso y patriótico. El resurgimiento católico de la segunda mitad de los años 40 y 50 supuso un gran impulso para restaurar una cultura neotradicionalista, pero la cultura fascista de la Falange de raíz más secular obtuvo resultados menos importantes. Las actividades literarias y culturales falangistas tuvieron su época de esplendor a comienzos de los 40. Pero la derrota del fascismo en Europa y la pérdida de importancia de FET-JONS dentro del régimen después de 1945 redujo drásticamente la influencia falangista. Pese a todo, FET-JONS siguió existiendo hasta el final de la dictadura por su utilidad en labores burocráticas, represivas y de control social. Franco apostó pragmáticamente por mantener operativa a la familia falangista pese a su cada vez mayor anacronismo ideológico.

10. THOMÁS, Joan María: *La falange de Franco*. Barcelona: Plaza y Janés, pp. 30 y ss.

11. SAZ, Ismael: «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas». En: ANTÓN MELLÓN, Joan (coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*. Madrid: Tecnos, 2012, pp. 155-190. Desde una perspectiva abiertamente franquista y justificadora de la dictadura, Luis Suárez niega la dimensión fascista del franquismo. Véase SUÁREZ, Luis: *Francisco Franco y su tiempo*. Madrid: Fundación Francisco Franco, 1984.

12. GALLEGO, Ferrán: *El evangelio fascista*. Barcelona: Crítica, 2014

13. MORADIELLOS, Enrique: «Evangelios fascistas y culturas políticas franquistas», *Revista de Libros, segunda época*, 2014, pp. 1-20. Del mismo autor: «Historiar el franquismo: luces y sombras de una tarea inacabada», *Revista de Libros*, n.º 67-68, 2002, pp. 13-15.

14. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX*. Madrid: Tecnos, 2005.

En su análisis comparativo de la dictadura franquista, Paxton analiza sus fases poniéndolas en relación con las cinco etapas de desarrollo de los movimientos fascistas, desde su formación hasta la postrera radicalización o entropía, y concluye que no se puede obtener una foto fija del régimen franquista «in order to determine how significant a role and how much power the Falange possessed»¹⁵. No obstante, Paxton concede que entre 1939 y 1957 el Movimiento tuvo más poder e influencia de lo que se suele suponer y, de acuerdo con esta interpretación, el franquismo nunca llegó a cortar del todo el cordón umbilical que le unía al fascismo. Pero lo importante es la configuración real del franquismo como régimen político autoritario marcado por las contradicciones, acuerdos y enfrentamientos entre el dictador, el Partido, la burocracia estatal, el ejército y la Iglesia. Y es en este ámbito de competencia institucional dentro de la dictadura franquista donde creemos que hay que entender el devenir político de Arrese.

La figura del dirigente falangista bilbaíno se ha ido desdibujando con el paso de los años. De él únicamente se recuerdan sus dos etapas como ministro secretario general de FET-JONS. Por una ironía de la historia, Arrese fue «el instrumento para desfascistizar a la Falange y desfalangistizar a España»¹⁶, lo que supone un curioso propósito para un dirigente fascista. Las ideas de Arrese eran de corte integrista, distintas tanto del laicismo de Ledesma como del catolicismo más tolerante de José Antonio¹⁷. Esto explicaría por qué Franco le confió la tarea de domesticar a la Falange. Pese a todo, Arrese ha pasado a la historia como el prototipo del falangista de corte joseantoniano.

Su estreno en el bando rebelde pudo acabar de manera abrupta y trágica. En 1937, tras ordenar la detención de Hedilla y sus correligionarios, Franco se pone en contacto con Queipo y le advierte de que un conspirador se dirige a Sevilla. El conspirador era Arrese. Franco ordena a Queipo que lo detenga. Años después, Queipo afirmaría que la llamada de Franco podría haber supuesto el fusilamiento del bilbaíno. Para su suerte, Arrese sale bien librado con una breve condena¹⁸. Posteriormente, Arrese convence a Franco para que le nombre gobernador civil de Málaga. Franco aseguraba a su cuñado Serrano Suñer que no entendía a qué jugaba Arrese, pero acabó confiando en él. En Málaga Arrese realiza una eficaz labor combatiendo la severa hambruna que azotaba la ciudad andaluza. Pero de nuevo hay otro hecho extraño en su biografía política: en agosto de 1941 dimitió de su cargo al tiempo que Miguel Primo de Rivera, en desacuerdo por lo que entiende política de desfalangización del régimen. Franco le llama a Madrid (también hubo una

15. PAXTON, Robert: «Franco's Spain in comparative perspective». En: RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1939-1975)*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza, 2013, p. 20.

16. LAZO, Alfonso: *Una familia mal avenida: Falange, Iglesia y Ejército*. Madrid: Síntesis, 2008, pp. 260 y ss.

17. DIEGO, Álvaro de: *op. cit.*, pp. 77-83.

18. Arrese reconoce la torpeza de su comportamiento: «Solo la magnificencia de S. E. me libró de lo peor» (AGUN, Archivo Arrese, caja 69).

acusación de conspiración junto al general Yagüe). No se sabe qué pasó en esta famosa entrevista de «los bocadillos de delfín», pero lo cierto es que Arrese sale de ella preconizado para ser la cabeza de FET-JONS. Serrano quedó perplejo: «Me asombro de que de la antesala de la muerte lo pases a ministro de la Falange»¹⁹, dirá a Franco. En pocos meses, Arrese será nombrado secretario general del Movimiento. Serrano estaba convencido de que Arrese se había «construido» un pasado político, incluyendo su encarcelamiento y el cargo de inspector nacional de Falange en Andalucía. Opinión compartida por Southworth, que considera que Arrese habría preparado un hábil dossier para mostrar su pasado falangista²⁰. También se puede pensar que era un hombre con buena estrella y que siempre «caía de pie» tras sus desafortunadas intervenciones. Como remate, consigue que entren como ministros los falangistas Girón, Elola y Primo de Rivera.

Su ascenso sigue al declive de Serrano Suñer y de su círculo de colaboradores. Uno de ellos, Dionisio Ridruejo, escribiría años más tarde acerca de la «acomodación sin remedio» de los «auténticos» del Partido y de cómo Arrese parecía «el más incondicional de los hombres»²¹. Lazo coincide con Ridruejo y señala que con Arrese «estamos así en el tránsito oficial del fascismo al conservadurismo nacionalcatólico»²². Y una opinión parecida sostiene Saz cuando habla de «la nacionalización católica del falangismo» bajo la batuta del nuevo secretario general²³. Podrían hacerse innumerables citas de los discursos o libros de Arrese durante esta etapa y las siguientes para demostrar su propensión reaccionaria. Por ejemplo, en 1940, durante una alocución a otros camaradas falangistas, Arrese decía que: «La revolución que queremos consiste en volver a la auténtica jerarquía de valores. En saber, sencillamente, que por encima de nosotros está la patria y por encima de la patria está Dios». Eran exactamente los mismos eslóganes de Gil Robles o Albiñana durante la Segunda República. Para De Diego, los enunciados de Arrese son simples y marcan «una visceral teologización de la política» en un sentido tradicionalista²⁴. El propio Arrese destacaba que «mis simpatías personales y mi manera de ser me acercaban a este grupo que a mi juicio representaba más fielmente las virtudes montaraces e insobornables de la raza ibérica»²⁵. En las elaboraciones doctrinales de Arrese el falangismo no se distingue del autoritarismo católico tradicional. La filosofía política arresista aparece así como una variedad tan conservadora y acomodaticia del fascismo que desembocaría en un

19. SAÑA, Heleno: *El franquismo sin mitos (conversaciones con Serrano Suñer)*. Barcelona: Grijalbo, 1981, pp. 146-147.

20. SOUTHWORTH, Herbert: *Antifalange*. París: Ruedo Ibérico, 1967, p. 211.

21. RIDRUEJO, Dionisio: *op. cit.*, p. 25.

22. LAZO, Alfonso: *op. cit.*, p. 260.

23. SAZ, Ismael: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, 2003, pp. 311 y ss.

24. DIEGO, Álvaro de: *ibid.*, pp. 99 y 247.

25. ARRESE, José Luis: *Una etapa constituyente*. Barcelona: Planeta, 1982, p. 173.

conservadurismo autoritario con una ligera coloración azul²⁶. De esta forma, Payne puede afirmar que «realmente el franco-falangismo de Arrese no tenía nada que ver con el fascismo»²⁷. En principio, parecería discutible negar la identidad fascista de quien fue secretario general de un partido único de impronta fascista, pero, como dice Saz, lo importante era la «recomposición de los equilibrios hacia la configuración de un eje formado por Franco, Ejército y Partido», que comportaba una pérdida de influencia de este último²⁸. Siguiendo el modelo de Paxton, compatible como se ve con el de Saz, lo esencial no era tanto el grado de fascismo de Arrese cuanto la progresiva e inevitable pérdida de influencia del fascismo dentro de la coalición reaccionaria franquista. Exactamente en este punto Arrese jugó un papel esencial porque por su conservadurismo y fidelidad a Franco era el hombre ideal para rebajar el componente fascista del franquismo y asegurar así su supervivencia en la nueva etapa postfascista.

En su desempeño como secretario general del Movimiento Arrese adaptó la doctrina joseantoniana a un entorno crecientemente marcado por la derrota de los fascismos. Esa relectura de José Antonio marcada por la sombra de Franco tuvo mucho más que ver con su óptica personal que con un acuerdo explícito con el dictador, nada interesado en el debate ideológico. El falangismo franquista de Arrese fue obviamente aceptado por Franco como una innovación doctrinal necesaria para el nuevo período que se avecinaba y porque fortalecía su poder personal dentro de FET. Arrese y Franco compartían lo esencial: adaptar falange sin terminar del todo con ella. El *aggiornamento* falangista era una necesidad de supervivencia para el régimen. Bien claro lo señalaba Carrero al aludir a la «cuestión doctrinal» cuando finalizaba la Segunda Guerra Mundial. Paralelamente, en su toma de posesión como secretario Arrese habla de depuraciones y de la necesidad de una entrega con fanatismo al Partido Único. De Diego indica que Franco no deseaba el Estado totalitario, pero dejando hacer a Arrese conseguía unificar criterios y depurar el Partido, logrando así conjurar el peligro de nuevas tentativas conspiratorias de los azules²⁹. Amigo y colaborador fiel, lo que no impediría a un pragmático Franco apartarle cuando fue necesario, Arrese fue uno de los creadores de la Falange franquista, cortando cualquier tentativa de autonomía política del partido. En lo doctrinal, Arrese perfiló una versión acomodaticia de los materiales teóricos elaborados por José Antonio entre 1933 y 1936. Partiendo de los cimientos puestos por Fernández Cuesta, Arrese habría fijado la versión canónica del falangismo, muy rebajada respecto a la interpretación totalitaria de Serrano Suñer, y fundamento para la singladura del régimen en la década posterior. Arrese reinterpretó a

26. De hecho, las anotaciones personales de Arrese pudieran pasar por las de cualquier político conservador de su época. En los borradores de sus discursos así se atestigua (AGUN, Archivo Arrese, cajas 125 y 126).

27. PAYNE, Stanley: *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid: Sarpe, 1985, p. 238.

28. SAZ, Ismael: *op. cit.*, p. 312.

29. DIEGO, Álvaro de: *ibid.*, p. 132.

José Antonio en clave católica tradicional. Los falangistas aceptaron su liquidación ideológica sin demasiadas resistencias. El producto final, la Falange de Franco, difería bastante del modelo que se pretendía seguir: la Falange de José Antonio. Esto afectará de manera directa a las organizaciones juveniles y estudiantiles en la década siguiente: el adoctrinamiento durante años de los jóvenes en clave joseantoniana acabó en una gran decepción colectiva porque la revolución pendiente ni estaba ni se la esperaba.

Pese a sus desvelos por difuminar el elemento fascista del franquismo, Arrese tuvo que abandonar la Secretaría General una vez terminada la Segunda Guerra Mundial. Los aliados victoriosos no estaban dispuestos a aceptar camisas azules ni como mera coreografía. En junio de 1945, en un informe dirigido a Franco, el ministro de Exteriores Lequerica señalaba que los «tercos anglosajones» exigían eliminar cualquier preeminencia política de Falange sobre el Estado, aunque no su «destrucción a supresión». Esta exigencia de las potencias vencedoras coincidía con el plan de Franco/Arrese de rebajar el sustrato fascista de la dictadura. De esta forma, limando el fascismo sin eliminarlo del todo, Franco preservaba el equilibrio de las familias políticas del régimen. Así las cosas, tocaba la hora de la dimisión del ministro secretario general del Movimiento. Arrese aceptó su eliminación política con la docilidad que le caracterizaba y expresando su fidelidad incondicional a Franco³⁰.

Quizá fuera la crónica de una muerte anunciada: Falange dotó desde sus inicios al régimen franquista de buena parte de su simbología y de su retórica populista, pero su dependencia del dictador y su agotamiento ideológico y progresiva marginación política fueron imparable. Con el crepúsculo falangista, el franquismo acentuó su indefinición ideológica³¹ y su personalismo, con las fuerzas políticas sublevadas en 1936 ensayando estrategias de «acceso al poderoso» en la línea de Carl Schmitt³². Para Paxton un final posible de los fascismos era su radicalización autodestructiva; en el caso del fascismo español su destino fue una muerte lenta por inanición ideológica y postergación política decretada por su jefe nacional Francisco Franco y ejecutada por el secretario general José Luis Arrese. Por decirlo brevemente y en términos comparativos: la Alemania nazi y la Italia fascista eran con el transcurso del tiempo cada vez *más fascistas*; la España de Franco era cada vez *menos fascista*. Arrese, con su modelo sincrético de subordinación de FET a la voluntad del dictador, personifica el fascismo dentro de la dictadura franquista, el *franco-falangismo*, pero asimismo también de su progresiva inanidad ideológica e irrelevancia política.

30. DIEGO, Álvaro de: *ibid.*, pp. 239-241.

31. MIGUEL, Amando de: *Sociología del franquismo*. Barcelona: Euros, 1975, p. 13.

32. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *op. cit.*, p. 176.

3. LAS REVUELTAS AGUAS AZULES EN 1956. ¿POR QUÉ DE NUEVO ARRESE?

Los sucesos de febrero de 1956 marcaron el inicio de la ruptura generacional de muchos jóvenes, algunos de ellos procedentes de Falange, con la dictadura franquista. En este ambiente de crisis política, y con el objetivo de equilibrar a las familias del régimen, Franco recuperó a Arrese para que dirigiera una sorprendente institucionalización fascista de su dictadura. Pero la última esperanza azul terminó con la definitiva marginación de Falange ante el ascenso de los tecnócratas. Desde principios de los años 50 aumentaba el descontento dentro de una nueva generación de falangistas jóvenes que no habían conocido la Guerra Civil y deseaban romper con la derecha (católicos y monárquicos) y tender puentes hacia la izquierda (la oposición del interior y los exiliados republicanos). En el Frente de Juventudes se forjaría una generación de antifranquistas³³. En principio, dominaba un idealizado mensaje joseantoniano entendido en clave revolucionaria y anticapitalista que acabaría facilitando una salida hacia la oposición antifranquista para numerosos jóvenes que creían en el propósito falangista de una revolución nacional y criticaban esa «mediocridad burguesa conservadora» de la que había alertado José Antonio en un texto escrito en la prisión de Alicante. Estos jóvenes fueron quizá la última generación española que creyó en la palingenesis fascista de los falangistas. En esta situación de postrera efervescencia falangista juvenil asfixiada por una dictadura de derechas tradicional adquiere su sentido el conflicto de 1956. Ya en enero de 1954 una manifestación de jóvenes movilizados por el SEU delante de la embajada británica para exigir la descolonización de Gibraltar fue violentamente disuelta por la policía. Algunos de esos estudiantes se reagruparon más tarde para protestar delante del edificio de la DGS en la Puerta del Sol. Con su dureza represiva el régimen franquista perdía a los jóvenes falangistas.

Las charlas del Frente de Juventudes; revistas del SEU como *Juventud*, *Hora* y *Laye*; el Servicio Universitario de Trabajo, que puso a muchos jóvenes universitarios de extracción burguesa en contacto con la clase obrera; el influjo del cristianismo social del padre Llanos, párroco del suburbio del Pozo del tío Raimundo que pasaría de falangista a comunista; el ejemplo del exfalangista Ridruejo o del católico liberal Aranguren (que en 1953 reivindicó a los intelectuales exiliados en un conocido artículo) llevaría a una parcial rebelión de los falangistas jóvenes contra los burócratas del Movimiento y más tarde contra una dictadura conservadora más gris que azul. El falangista Castro Villacañas señalaba en 1977:

En las revistas que editábamos, en *Juventud*, *La Hora* o *Alcalá*, intentamos rescatar esos valores. Fuimos los primeros que sacamos a Miguel Hernández, o a Rafael Alberti, o a Giner de los Ríos, a personas de ese tipo, y las trajimos otra vez a la luz

33. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange española de las JONS*. Madrid: Alianza, 2000, p. 491.

pública [...] Hasta 1956 los estudiantes estaban totalmente a favor del régimen, tenían confianza en nosotros; hasta el momento de la visita de la reina Isabel a Gibraltar³⁴.

Para Ellwood, los acontecimientos de 1954-1956 alumbraron varias tendencias provenientes de Falange: algunos abandonaron la militancia falangista; otros constituyeron grupos de falangistas puristas que exigían conservar la doctrina original joseantoniana de la adulteración del Movimiento; también existían neofalangistas pragmáticos, como Manuel Fraga, dispuestos a hacer política reformista dentro del régimen.

En 1956, por tanto, se daba la circunstancia de una rebeldía juvenil de raíces falangistas pero cada vez más antifranquista y que comenzaba a gravitar alrededor de la oposición clandestina socialista y comunista. Esta revisión crítica del ideario falangista era apoyada por falangistas *liberales* como el rector de la Universidad de Madrid Pedro Laín o el escritor Dionisio Ridruejo enfrentándose a un SEU burocratizado y a la extrema derecha falangista. Ridruejo, detenido por los sucesos de 1956, decía en su *Informe a Falange sobre febrero de 1956* que la rebelión juvenil era una toma de conciencia generacional y no una «conjura comunista»³⁵.

El falangismo *franquista* se oponía radicalmente a este revisionismo azul. Los falangistas ultras como las Falanges Universitarias o la Guardia de Franco, bien conectados con el aparato del régimen, utilizaban también un lenguaje rebelde y contestatario, no se mostraban reacios al empleo de la violencia y contaban con el apoyo de periódicos como *Arriba* o *El Español*. Fue entonces cuando se desencadenaron los sucesos de 1956 al enfrentarse los jóvenes estudiantes antifranquistas y los falangistas ultras, que llegaron a asaltar la Facultad de Derecho por orden del vicesecretario general del Movimiento Tomás Romojaro. Esta lucha dejó un herido grave (el falangista ultra Álvarez) y la amenaza por parte de la derecha radical falangista de desencadenar una noche de los cuchillos largos sobre la oposición antifranquista. Y todo ello después de saberse que Álvarez había recibido el «fuego amigo» de otro falangista. Después de estos incidentes, «si algunos intelectuales falangistas habían venido afirmando que falangismo y liberalismo eran compatibles, esta aseveración difícilmente iba a poder ser mantenida en el futuro»³⁶. El Ejército cortó en seco cualquier posibilidad de venganza falangista. Franco solventó la crisis salomónicamente: eliminó del Gobierno tanto al débil falangista Raimundo Fernández Cuesta, incapaz de controlar la situación, como al católico liberal Ruiz-Giménez, al que acusaba de fomentar focos de subversión estudiantil con una política de apertura cultural que contaba con el apoyo de los falangistas *liberales*. De esta forma comenzó la operación Arrese, que llevaba una década alejado de

34. ELLWOOD, Sheelagh: *Historia de Falange Española*. Barcelona: Crítica, 2001, pp. 178 y 221.

35. RIDRUEJO, Dionisio: *Materiales para una biografía (selección y prólogo de Jordi Amat)*. Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2005, pp. 274-275.

36. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *op. cit.*, p. 495.

la primera línea política, y al que Julio Gil Pecharromán considera «cercano al ala neofascista del Partido»³⁷.

Tanto Rodríguez Jiménez como Gil Pecharromán defienden que el inesperado regreso de Arrese obedecía a una táctica de Franco de recuperar a Falange como contrapeso de los monárquicos juanistas. Para Gil Pecharromán, Franco «daría carrete al fantasma de la revolución pendiente, pero sólo hasta donde le conviniera», aunque es posible que Arrese creyera sinceramente que esta vez había llegado su hora. Según Payne, los protagonistas de la operación Arrese no eran más que franco-falangistas ortodoxos cuyo objetivo era apuntalar el régimen y no restablecer a Falange en un lugar preeminente como partido estatal³⁸. Todo indicaba que se trataba de una operación instrumental del dictador para reequilibrar a las familias de la coalición reaccionaria que dirigía en un momento especialmente difícil para su régimen y en absoluto un intento de favorecer una tardía primavera falangista. Sin embargo, el plan de Arrese era una institucionalización del franquismo en clave falangista. El secretario general y el Consejo Nacional del Movimiento aparecían en su esquema como los guardianes de la ortodoxia falangista, controlando tanto las decisiones del Gobierno como las leyes de las Cortes. Las pretensiones de Arrese eran también antimonárquicas o por lo menos no monárquicas. El proyecto de Ley Orgánica del Movimiento y el anteproyecto de Ley de Ordenación del Gobierno establecían que tras la muerte del dictador un referéndum popular abriría un proceso constituyente sobre la forma del Estado español: monarquía o república. Todo esto era contrario a las disposiciones de la Ley de Sucesión de 1947. Naturalmente, los antifalangistas hicieron causa común contra Arrese: Carrero Blanco, Vallellano e Iturmendi; Esteban Bilbao y Martín Artajo; altos mandos de las Fuerzas Armadas; los empresarios y la jerarquía eclesiástica. Todos ellos denunciaban los planes de Falange como un peligro totalitario en marcha³⁹. Las élites tradicionales no transigían con un proyecto fascista que ya no necesitaban después de 1945 y que daba además una mala imagen exterior del franquismo. Franco dio largas a los planes de Arrese exigiendo modificaciones en clave moderada y en febrero de 1957 Arrese terminó por dimitir. Nadie se acordó más de su proyecto. Con su caída se daba una pérdida de influencia de Acción católica y de Falange con el acceso al poder de los tecnócratas vinculados al Opus Dei. Los falangistas quedaron definitivamente neutralizados, lo que no significó que fueran liquidados políticamente del todo, ya que seguían conservando la legislación laboral, pero subordinada a las nuevas directrices económicas.

Con la decantación hacia la tecnocracia, basada en un esquema burocrático-autoritario, la ideología pasaba a un segundo plano y el régimen sufriría una

37. GIL PECHARROMÁN, Julio: *El movimiento nacional (1937-1977)*. Barcelona: Planeta, 2013, pp. 50-51.

38. PAYNE, Stanley: *op. cit.*, p. 242.

39. GIL PECHARROMÁN, Julio: *op. cit.*, p. 54.

pérdida paulatina de base social. En definitiva, la hora de Falange había pasado⁴⁰. Alfonso Lazo considera que a fines de los años 50 los falangistas habían perdido todas las batallas⁴¹. Los jefes falangistas advirtieron que los nuevos grupos católicos se incorporaban al régimen por fidelidad personal al dictador y no a través del Movimiento; o bien desembarcaban en el Movimiento desde el Estado. Así pues, el Movimiento era puenteado como algo irrelevante o bien ocupado desde la administración pública estatal. La diferencia con el genuino totalitarismo fascista no puede ser más llamativa. En los regímenes totalitarios, el partido intentaba controlar el Estado, pero en España era el Estado quien controlaba al partido. No era la conquista del Estado soñada por los falangistas antes de 1936, sino la definitiva conquista de Falange por el Estado. Fue el jefe del Estado, Franco, quien emprendió la liquidación de Falange en el momento que estimó oportuno. Con la Ley Orgánica de 1958, elaborada por el tecnócrata López Rodó y por un ideólogo de la derecha autoritaria no fascista cercano a los tecnócratas, Gonzalo Fernández de la Mora, quedó sellado el destino de los fascistas españoles. Incluso desaparece el nombre de Falange, siendo sustituido por un amorfo *Movimiento*. El *Movimiento-parálisis nacional* (en opinión de José Luis Aranguren) era el polo opuesto al dinamismo fascista y un simple instrumento dedicado a movilizar a las masas desde arriba cuando a las élites tradicionales les parecía oportuno. Definitivamente, el franquismo era un régimen autoritario dominado por el Ejército, los funcionarios, los hombres de negocios y empresarios, los terratenientes y la Iglesia, sin apenas coloración fascista⁴².

Así pues, la trayectoria de Arrese aparece unida al *fracaso* del fascismo español en su lucha con las otras familias del régimen —la derecha tradicional— por el predominio político dentro de la coalición franquista; además del fracaso, la otra nota característica de Arrese es su llamativa *docilidad* a la hora de aceptar la postergación de los franco-falangistas dentro de la dictadura. Arrese era sin duda muy ingenuo políticamente y nunca le planteó el menor problema a Franco; conscientemente o no, siempre se dejó utilizar. Además, su ductilidad le permitió desempeñar roles políticos contradictorios con una diferencia de 10 años: desfascistizador entre 1941-1945; refascistizador frustrado en 1956. Esta sería señal de que su falangismo (y el del resto de los franco-falangistas) consistía ante todo en una lealtad absoluta a un dictador que garantizaba su supervivencia política pagando el precio del vacío ideológico. Arrese era el hombre de las esperanzas azules fallidas, de la completa subordinación de los falangistas a las directrices de la derecha conservadora representada por Franco, y también el artífice de una versión tan peculiar del falangismo que el fascismo se metamorfoseaba en un conservadurismo tradicional con una fuerte impronta confesional. Arrese, en definitiva, representó la *frustración y docilidad* del fascismo español bajo la

40. GIL PECHARROMÁN, Julio: *ibid.*, p. 57.

41. LAZO, Alfonso, *ibid.*, p. 365.

42. PAXTON, Robert: *op. cit.*, p. 177.

dictadura franquista y su cancelación por la dinámica crecientemente conservadora impulsada por el dictador. Franco únicamente quería durar y también los falangistas de su régimen apostaban por la supervivencia. Todos estaban de acuerdo en lo esencial. Se pueden entender los vaivenes políticos de Arrese y su fracaso final por su particular disposición a dejarse utilizar por Franco en distintas coyunturas, pero ante todo por el carácter subordinado de Falange a la estrategia netamente conservadora del régimen franquista.

Queda no obstante en pie la pregunta que encabeza el epígrafe, ¿por qué Arrese?, ¿qué buscaba Franco? Tres cosas aparentemente contradictorias que sin embargo encajaban bien como secuencia lógica dentro de la táctica cortoplacista del dictador: ilusionar a Falange, atemorizar a la derecha no falangista y, por último, acabar definitivamente con cualquier intento falangista de fascitizar el Estado. Con el ascenso de Arrese en 1956 se calmaron las turbulencias falangistas que habían sido para Franco un verdadero quebradero de cabeza durante los años anteriores. Falange vería por fin reconocidos sus servicios al Estado franquista con una institucionalización que le daría la preeminencia institucional frente a las otras familias del régimen. Franco eligió para poner en marcha este plan al siempre fiel Arrese. Fue una decisión astuta: Arrese era lo suficientemente fascista para convencer a los suyos de que «ahora va en serio» y lo suficientemente franquista y manejable para evitar cualquier radicalización inesperada del proyecto de fascitización. Arrese, que gustaba de un discurso de luceros y revoluciones pendientes, con denuncias contra el materialismo y la sensualidad, encandilaba a algunos falangistas, asustaba a los conservadores y en nada comprometía su fidelidad absoluta a un Franco en todo momento árbitro de la situación. El susto conservador llevó a cerrar filas contra los planes falangistas. Lentamente, Franco fue rebajando las pretensiones falangistas hasta el extremo de expulsar al propio Arrese de la Secretaría General y ponerlo a «enfriar» (en expresión del dictador) en el Ministerio de Vivienda. A partir de ahí, con los tecnócratas en el Gobierno y el Movimiento vaciado de contenido ideológico con la Ley Orgánica de 1958, se afianzaba el poder personal de Franco y el carácter subordinado del Partido. En 1958, con la práctica disolución del fascismo español por parte del Estado autoritario no fascista, se cumplía un ciclo abierto con la fundación de Falange en 1933.

4. LA OPERACIÓN ARRESE: EL PAPEL DE LOS MONÁRQUICOS TRADICIONALISTAS

En el falangismo de Arrese perviven fuertes elementos conservadores, ante todo un intenso catolicismo de signo integrista que de algún modo lo acercaba a los tradicionalistas. De esta forma, cobra sentido que en 1956 el falangista bilbaíno se dirigiera a la Junta delegada en España de Javier de Borbón-Parma para recabar su colaboración en las Leyes Fundamentales. Este es un aspecto poco conocido de la crisis si se considera que se trataba de un grupúsculo con escasa implantación en el país y lejos de los centros de poder real. Pero esto es así solo hasta cierto punto. Ni siquiera De Diego, que es quien con más detalles describe la crisis, se

adentra en estos contactos que javieristas y Arrese mantuvieron a lo largo de 1956, centrándose en la enmienda de Valiente y también en la de Iturmendi, que no puede ser considerado representante del tradicionalismo del momento, es decir, de Javier de Borbón⁴³. Quizá convenga retener dos preguntas para entender el papel de los carlistas en la crisis. En primer lugar, ¿qué papel jugó el desacuerdo con los tradicionalistas en el fracaso de todo el proyecto institucionalizador de Arrese? y, ¿hasta qué punto era realmente compatible el proyecto de Arrese con las ideas de los carlistas de don Javier?

El tradicionalismo carlista estaba sumido por estas fechas en una grave crisis. A partir de 1955, con el cese de Fal Conde y la asunción de la jefatura por Javier de Borbón-Parma, se nombra una junta presidida por José María Valiente, que realizó una política de colaboración con el régimen. La falta de liderazgo del pretendiente provocará sucesivas divisiones: en diciembre de 1957 un grupo de dirigentes carlistas, liderados por José María Araúz de Robles, visitaron en Estoril a don Juan para reconocerle como rey; y en 1958 Mauricio Sivatte, un expulsado del carlismo, consiguió establecer el grupo RENACE, de carácter antifranquista e integrista. Arrese sabía del ascendiente que el tradicionalismo ejercía sobre el clero, un obstáculo de formidable importancia a la aceptación de su programa; de hecho, hubo rumores que vinculaban a Arrese con el carlosoctavismo⁴⁴. Peor aún: la unión más estrecha entre el episcopado y el tradicionalismo se producía en el Ministerio de Justicia, regentado por Iturmendi. La vieja división entre colaboracionistas (Rodezno) y opositores (Fal Conde) había devenido en los 50 en otra nueva división entre unionistas (a la que pertenecía Iturmendi, enemigo de Falange y de la política del arquitecto bilbaíno) e integristas (entre otros, Valiente y Zamanillo, partidarios de la colaboración con el franquismo). En el primer consejo de ministros al que asiste Arrese ya se produce un choque con Iturmendi sobre el trato que debería darse a los implicados en los recientes conflictos estudiantiles: mientras Iturmendi habla de procesamiento, Arrese quiso derivar el asunto a la jurisdicción de Falange, contentándose con una simple corrección disciplinaria. Poco podría esperar Arrese de un Iturmendi que era la punta de lanza de la oposición a sus leyes. Así pues, el recurso de acceder a los sectores afines a Javier de Borbón-Parma buscaba puentear al ministro de Justicia, cuya posición dentro del tradicionalismo siempre fue ambigua, ya que coqueteó con don Juan alentado por su colaborador López Rodó, un decidido partidario de la solución juancarlista. Los contactos se iniciaron muy pronto, lo que probaría la significación que el nuevo ministro otorgaba al apoyo tradicionalista. Y esto era así porque Arrese consideraba que la auténtica representación de la Comunión Tradicionalista (CT) era la integrista y no la de Iturmendi y Araúz de Robles, a quienes consideraba topos de don Juan en la CT. Por supuesto, este tipo de efusiones complacían a Valiente, opuesto a la unión monárquica entre las dos ramas, ante lo que vacilaba el propio Javier de Borbón. El presidente del

43. DIEGO, Álvaro de: *El franquismo se suicidó*. Málaga: Sepha, 2010, p. 289.

44. ARRESE, José Luis: *op. cit.*, p. 173.

Secretariado consideraba que en ese terreno los tradicionalistas llevarían siempre las de perder. Valiente se había reunido (6/II) con 30 dirigentes carlistas para explicarles los contactos con Franco para una entrada de la CT en el Gobierno.

Arrese trabajaba para acercar a este grupo a la Secretaría General del Movimiento; se había propuesto sustituir, en la crisis de gobierno que trataba de provocar, a los unionistas por los integristas. En su lógica estaban más cerca del Movimiento los segundos que los primeros. Si el objetivo de Arrese consistía en intentar reunir las desperdigadas fuerzas del 18 de julio parecía lógico que el grupo de Valiente ocupara puestos de dirección en el Consejo Nacional y en la comisión preparatoria de las leyes. Los primeros encuentros en febrero y marzo provocaron que los monárquicos juanistas comenzaran a preocuparse porque Arrese parecía no contar con ellos y sí con los tradicionalistas. Los tradicionalistas reaccionaron publicando en abril la «Manifestación de los ideales de la Comunión Tradicionalista a los españoles»; y en Montejurra (V/56) los disertantes hablan ya en tono colaboracionista con Franco, alentados por el tenor de los discursos del dictador en Andalucía. En este contexto se encuadran los planes para traer a Carlos Hugo de Oxford a España. Este era el sentir general de la Junta delegada que en mayo informa a don Javier de que «la Monarquía tradicional puede volver a España, de manos de V. M. en buena inteligencia con Franco, con el Ejército, con la Iglesia, y con el Vaticano»⁴⁵. Arrese le transmite la disposición del Gobierno de conceder más libertad a la CT, lo que exigía dar sensación de unidad. Valiente queda encargado de redactar una Nota para que Arrese se la entregue a Franco.

La primera reunión formal entre Arrese y la CT tuvo lugar el 14 de junio. En ella, Valiente entregó la mencionada Nota que fortalecía el argumento que sabía haría mella en Arrese: el apoyo de la masa católica a los anteproyectos. El mayor peligro del momento venía de la derecha monárquica liberal, «esas gentes, pías y suicidas, que desde hace más de un siglo son las que abren la puerta a la revolución», al posibilismo inconsciente, mientras que la CT era la única capaz de agrupar a las masas católicas. «Las corrientes derechistas tienden a sustituir a Franco. En cambio, la monarquía tradicional debe suceder a Franco, de manos de Franco [...] ha de re-instaurarse»⁴⁶. Valiente y Zamanillo quedaron a la espera de la actitud del Gobierno, «que nunca ha dudado de nuestra lealtad y eficacia». Javier de Borbón dio su aprobación a lo hablado con Arrese, pero también recuerda a sus representantes en España que lo primero debía ser la religión, y alerta del peligro de una FET-JONS que no tenía remilgos para enlazar con sindicalistas, protestantes y republicanos. Arrese confiaba más en los integristas que en los juanistas: cada uno seguirá a lo suyo, «y los que se presentaron en la Secretaría General con más abierto sentido de colaboración fueron los líderes del grupo integrista José Luis

45. Valiente a Javier de Borbón, 9 de mayo de 1956 (archivo José M.^a Valiente, caja 14, Universidad de Navarra) (AGUN/JMV/14).

46. Valiente a Javier de Borbón, 22 de junio de 1956 (AGUN/JMV/14).

Zamanillo y José María Valiente»⁴⁷. Arrese advirtió (26/VI) a la Junta javierista que «quiere dar mucho amplitud al Movimiento, para librarle de tachas totalitarias, y esperan de nosotros que podamos prestar un eficaz servicio en una amplia coordinación política», y así despegarse del turbio conglomerado que se está creando en torno al juanismo. De todo ello daba cuenta Valiente a Javier de Borbón (3/VII) lo mismo que de la entrega de una segunda Nota a Arrese en la que se fijaban las condiciones que ponía la CT para apoyar las leyes y entrar en un gobierno que Arrese esperaba para el 18 de julio. Don Javier ya había expuesto esas condiciones en el acto de Montejuorra.

Siguiendo instrucciones de don Javier, Valiente insistió en julio a un decaído Arrese que debía escucharles a ellos y no a Arauz. «Nosotros queremos negociar con Franco, para obtener de él la fuerza política que necesita la Comunión. Por el contrario, Arauz se desentiende de Franco, y pasa de largo, para afrontar el problema dinástico [...] Como la Restauración ha de hacerse con Franco, nosotros debemos ir con él. De esta manera, podremos colocarnos a la cabeza del movimiento monárquico y dirigirlo»⁴⁸. Al saber que Franco iba a reunirse con los tradicionalistas un escéptico Fal Conde comentó: Franco ha dicho a Arrese que se atraiga a los carlistas, ¿qué querrán? Fal estaba seguro del fracaso de las reuniones aunque «estén desconcertados las derechas monárquicas liberalizantes, tan gravemente perturbadoras de nuestra vida política durante más de un siglo. Nosotros nunca hemos sido de esas derechas, que siempre nos han subestimado»⁴⁹.

Con el inicio del curso, Manuel Fraga, subdirector del Instituto de Estudios Políticos, integra a Valiente en la Comisión de Leyes Políticas (sección de Desarrollo de las Leyes Fundamentales) que «tiene por objeto estructurar las leyes fundamentales del Régimen, con vistas a la Monarquía». Valiente explicará a don Javier que hace eso para «actuar en el terreno de Franco, disipar los celos que pueda tener acerca de nosotros, y convencerle de nuestra lealtad. Con esto cobrará la Comunión posibilidades de Poder, y contrarrestará los peligros liberalizantes de otras actuaciones monárquicas»⁵⁰. Recibe el respaldo de su compañero de Junta, Juan Sáenz-Díez, que insiste en ir del brazo con Falange: «No tiene importancia doctrinal pero sí política». Los intentos por enfrentar a Falange y CT habrían sido anulados con el discurso de Franco (17/VII) en el que anunció que estaban superados los 26 puntos y que se iría a la Monarquía. «Hay que regresar a la unión sagrada del 18 de julio que no fue una unión política, ni un reparto de puestos entre Falange y Comunión». Franco era el «restaurador de un sistema de gobierno que asegure la continuidad de los postulados del 18 de julio»⁵¹. Valiente contesta con la nota «¿Es

47. ARRESE, José Luis: *ibid.*, p. 46.

48. Javier de Borbón a Valiente, 18 de julio de 1956 (AGUN/JMV/14).

49. Valiente a Fal Conde, 16 de agosto de 1956 (archivo Fal Conde, caja 129/02).

50. Valiente a Javier de Borbón, 14 de septiembre de 1956 (AGUN/JMV/14).

51. Juan Sáenz-Díez a Valiente, 14 de septiembre de 1956 (AGUN/JMV/14).

posible una colaboración con Falange española?»⁵². Esta solo puede articularse a partir del 18 de julio, en plena unidad de falangistas y tradicionalistas.

En octubre se precipitan los acontecimientos. Arrese se siente acorralado y urge a los tradicionalistas para que hablen directamente con Franco en defensa de las leyes. Valiente afirma estar preparado para una participación política, «a la cual nos debemos por nuestra fidelidad al Movimiento». La reacción de Arrese permite albergar la duda de si había cierto oportunismo en su acercamiento a los integristas. Es cierto que Arrese había ofrecido tres carteras a la CT en el nuevo gobierno, pero la indefinición de la oferta hace dudar de su contenido real. El desenganche definitivo lo impulsó don Javier al percibir la posición entreguista de Valiente ante la Ley Orgánica del Movimiento. Le dice a su secretario general que rechaza la citada ley ya que incurre en «el error del partido único de tono falangista, una organización intermediaria entre gobierno y pueblo, que fue el error fascista e hitleriano fracasados; error del carácter vitalicio del Jefe del Estado, que abre el camino de dictaduras sucesivas»⁵³. Por el contrario, la estrategia de Valiente era situar a la CT en el debate, para después llevar los textos «de una manera evolutiva, hacia posiciones más nacionales, sin brusquedades ni saltos, que tanto desgaste han causado al proyecto. Es posible pasar de una a otra legalidad de una manera suave». En febrero, Arrese comunica a Valiente que en vista de la oposición levantada ha desistido de llevar adelante los Proyectos de Leyes de Organización del Movimiento. Él es católico y no quiere incurrir en tachas de totalitarismo. Ha llegado a un acuerdo con Franco y se prepara el estudio de una Ley en donde se haga una declaración de principios fundamentales⁵⁴. Pero ya no sería Arrese sino López Rodó el encargado de coordinar el nuevo proyecto. El proyecto Arrese era ya historia pasada.

5. CONCLUSIONES

En este artículo se trata de entender la actuación de José Luis Arrese como secretario general del Movimiento dentro de la dinámica de un régimen que progresivamente va desprendiéndose de lastre fascista a partir de 1942. El franquismo era ante todo una coalición de las fuerzas derechistas triunfadoras en la Guerra Civil. Este carácter heterogéneo del franquismo obligaba a una permanente acomodación de las familias dentro del régimen. Después de la Segunda Guerra Mundial era imposible la pervivencia en Europa de un régimen netamente fascista y Franco así lo entendió. Lo interesante en el caso de España fue que Arrese, un falangista, contribuyó decisivamente a rebajar la naturaleza fascista del franquismo. Esta aparente paradoja conduce a intentar entender tanto la peculiar naturaleza del fascismo franco-falangista arresista como su posición dentro del régimen. Sin duda, el franquismo

52. Valiente a Juan Sáenz-Díez, 22 de septiembre de 1956 (AGUN/JMV/14).

53. Javier de Borbón a Valiente, 27 de noviembre de 1956 (AGUN/JMV/15).

54. Valiente a Javier de Borbón, 5 de febrero de 1957 (AGUN/JMV/15).

acentuó tendencias derechistas que ya anidaban en Falange desde antes de la guerra. Estas tendencias se hicieron predominantes en FET de la mano de Arrese. En el secretario general, tanto su plena lealtad al dictador como su conservadurismo católico convergían en una versión del falangismo que Franco considerara aceptable. Ideológica y políticamente, Arrese era un franquista *stricto sensu*.

El episodio de 1956 también puede leerse en esa clave del afianzamiento del carácter autoritario y personal de la dictadura. Franco esgrimió la amenaza de una tardía fascistización del régimen para amedrentar a las familias no fascistas y consolidar su papel de árbitro de la situación política. No quería liquidar públicamente la herencia política y simbólica de José Antonio y vuelve a llamar a Arrese. El arquitecto bilbaíno pilota un intento de refascistizar el régimen que acaba en decepción. Y a partir de ese momento abandona para siempre la escena política. El resultado final de la crisis de 1956 fue la anulación política de Falange tras unos meses de esperanzas azules utilizando para ello a Arrese.

La experiencia política de Arrese demostraría que, si bien el franquismo conservó hasta el final ciertas reminiscencias fascistas, es dudoso creer que se tratara de un régimen estrictamente fascista. En primer lugar, para ser fascista, el franquismo tendría que haber tenido un partido totalitario en competencia con el Estado tradicional, al igual que en Italia y Alemania; pero lo que existió en España fue un partido único fascista subordinado al dictador y finalmente liquidado por el Estado no fascista. En segundo lugar, porque si bien la naturaleza del ideario fascista es cambiante y ambigua, como bien dice Paxton, también ha de presentar unos rasgos específicos y diferenciados de los de la derecha tradicional. Y en España estos rasgos se desdibujaron hasta el punto de que el fascismo dejó de serlo si no en la forma sí en el fondo. En este sentido, la Falange franquista era formalmente fascista, pero su sustancia era claramente conservadora. Arrese representó a la perfección ese modelo franquista, católico y *también fascista*.

En suma, el falangismo de Arrese representó la ambigüedad de la naturaleza política del franquismo en sus dos primeras décadas: un conservadurismo predominante y de fondo frente a un falangismo decreciente y de forma. Arrese, al margen de su uniforme y de su enardecida retórica, fue ante todo un reaccionario, al igual que lo era el dictador y el régimen a quienes sirvió con tanta fidelidad. El destino de los fascistas en la España franquista fue diverso: algunos fueron depurados (Hedilla), o dejaron de ser fascistas (Ridruejo y el grupo de Burgos), o bien se convirtieron en burócratas cuya ideología se confundía con la mera obediencia a Franco (Arrese, Elola, Fernández Cuesta). Arrese escribió en uno de sus libros que el fascismo consistía en entender la vida como servicio. En su caso, el fascismo consistió en una vida de servicio a Franco.

Por último, su coqueteo durante la crisis de 1956 con los sectores integristas del carlismo sugerirían esta identidad ideológica fundamentalmente conservadora del franco-falangismo de Arrese. El falangismo de Arrese era el creado *manu militari* por Franco en abril de 1937: un partido único de fachada fascista, pero que era en realidad el receptáculo de las diversas tendencias antiliberales de la

derecha española. Resulta elocuente que Arrese pensara, en su postrera aventura política fascista, en buscar el apoyo del sector más intransigente del tradicionalismo español: el integrismo. Conservadurismo reaccionario y fascismo eran intercambiables —y por tanto casi indistinguibles— en el ecléctico pensamiento político arresista.

Se puede afirmar que Arrese era más un nacionalcatólico con uniforme falangista que un tradicionalista, pese a su acercamiento final a los integristas. No existen indicios de que los tradicionalistas vieran en Arrese al defensor de la instauración de una monarquía tradicional y católica. Lo que tiene mucho que ver con la comprensión del carlismo como fenómeno en sí mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRESE, José Luis: *Una etapa constituyente*. Barcelona: Planeta, 1982.
- CARR, Raymond y FUSI, Juan Pablo: *España, de la dictadura a la democracia*. Barcelona: Planeta, 1979.
- DIEGO, Álvaro de: *José Luis Arrese o la Falange de Franco*. Madrid: Actas, 2001.
- DIEGO, Álvaro de: *El franquismo se suicidó*. Málaga: Sepha, 2010.
- ELIWOOD, Sheelagh: *Historia de Falange Española*. Barcelona: Crítica, 2001.
- FERRARY, ÁLVARO: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*. Pamplona: Eunsa, 1993.
- GALLEGO, Ferrán: *El evangelio fascista*. Barcelona: Crítica, 2014.
- GIL PECHARROMÁN, Julio: *El movimiento nacional (1937-1977)*. Barcelona: Planeta, 2013.
- GIRÓN, José Antonio: *Si la memoria no me falla*. Barcelona: Planeta, 1994.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX*. Madrid: Tecnos, 2005.
- GRIFFIN, Roger: *The Nature of Fascism*. London: Routledge, 1991.
- LAZO, Alfonso: *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*. Madrid: Síntesis, 2008.
- MIGUEL, Amando de: *Sociología del franquismo*. Barcelona: Euros, 1975.
- MORADIELLOS, Enrique: «Historiar el franquismo: luces y sombras de una tarea inacabada», *Revista de Libros*, n.º 67-68, 2002, pp. 13-15.
- MORADIELLOS, Enrique: «Evangelios fascistas y culturas políticas franquistas», *Revista de libros. Segunda época*, 2014, pp. 1-20.
- PAXTON, Robert: *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península, 2005.
- PAXTON, Robert: «Franco's Spain in comparative perspective». En: RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1939-1975)*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza, 2013, pp. 13-25.
- PAYNE, Stanley G.: *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid: Sarpe, 1985.
- PAYNE, Stanley G.: *Historia del Fascismo*. Barcelona: Planeta, 1995.
- RIDRUEJO, Dionisio: *Materiales para una biografía (selección y prólogo de Jordi Amat)*. Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2005.
- RIDRUEJO, Dionisio: *Casi unas memorias*. Barcelona: Península, 2007.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange española de las JONS*. Madrid: Alianza, 2000.

- SAÑA, Heleno: *El franquismo sin mitos (conversaciones con Serrano Suñer)*. Barcelona: Grijalbo, 1981.
- SAZ, Ismael: *España contra España*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- SAZ, Ismael: «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas.» En: ANTÓN MELLÓN, Joan (coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*. Madrid: Tecnos, 2012, pp. 155-190.
- SOUTHWORTH, Herbert R.: *Antifalange*. París: Ruedo Ibérico, 1967.
- SUÁREZ, Luis: *Francisco Franco y su tiempo*. Madrid: Fundación Francisco Franco, 1984.
- THOMÁS, Joan María: *La falange de Franco*. Barcelona: Plaza y Janés, 2001.
- TUSELL, Javier: *La dictadura de Franco*. Barcelona: Altaya, 1996.